

LA ESTRATEGIA ALEMANA EN LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

por JUAN PRIEGO LOPEZ
Coronel de Estado Mayor
Del Servicio Histórico Militar

INTRODUCCIÓN

Sabido es que los juicios históricos se hallan sometidos a continua revisión, no sólo por el descubrimiento de nuevas pruebas o documentos inéditos, sino por la mayor claridad que los acontecimientos posteriores arrojan a menudo sobre los que les sirvieron de antecedente.

Así ha ocurrido con muchos de los juicios emitidos sobre la estrategia alemana en la primera guerra mundial, que han sido rectificadas total o parcialmente, como resultado de las experiencias adquiridas en la segunda conflagración del mismo tipo de que nuestra generación fué testigo.

La cuestión ha sido puesta nuevamente de actualidad en una obra del historiador alemán Gerhard Ritter, traducida al inglés con el título *The Schlieffen Plan* y prologada por el comentarista militar británico B. H. Liddell Hart (1), en la que se publica por primera vez el texto íntegro de dicho plan, acompañado de los borradores que sirvieron para redactarlo. A la vista de tales documentos, el citado historiador analiza el plan en cuestión y lo enjuicia, haciendo hincapié de un modo especial en su significación política.

Recordaremos, a modo de antecedente, que al iniciarse la primera guerra mundial, en el mes de agosto de 1914, los alemanes pusieron en ejecución un plan basado en la memoria redactada en diciembre

(1) *Oswald Wolff (Publishers) Limited, London, W. 1, 1958.* La edición original alemana ha sido publicada por R. Oldenburg, Munich, 1956.

de 1905 por el general Conde de Schlieffen, al cesar en las funciones de jefe del Estado Mayor General germano, que venía desempeñando desde 1891. Dicho plan tendía a conseguir una rápida y decisiva victoria en el frente occidental, antes de que la amenaza rusa se hiciera sentir gravemente en la frontera del Este. Pero, por una u otra razón, el citado plan no dió en la práctica los resultados apetecidos. Y, de este modo, Alemania, mal secundada por Austria-Hungría, Turquía y Bulgaria, se vió obligada a sostener en diversos frentes una agotadora lucha contra una coalición que disponía de recursos muy superiores; sucumbiendo al fin, más que por la fuerza de las armas, por la asfixia económica y la desmoralización consiguiente de su retaguardia.

Durante el período denominado «entre dos guerras» (1918-1939), la mayoría de los críticos militares alemanes, y, en especial, el general Groener, en su notable estudio titulado *El testamento del Conde de Schlieffen* (2), achacaron el fracaso del plan ideado por éste a las desacertadas variantes introducidas en él por el sucesor de Schlieffen en la jefatura del Gran Estado Mayor germano, general von Moltke «el joven» (3), y a los errores de ejecución cometidos por los mandos subordinados. Opinión a la cual se adhirieron por entonces casi todos los críticos militares de los demás países.

Ahora, el profesor Ritter y su prologuista inglés pretenden demostrar, por el contrario, que el llamado «plan Schlieffen» constituía tan sólo un mero alarde de audacia, cuyo éxito resultaba bastante problemático, dadas las circunstancias políticas, económicas y técnico-militares de la época.

A la luz de tales críticas, la fama de estrategia que hasta aquí se ha venido reconociendo al Conde de Schlieffen en los círculos militares profesionales del mundo entero, queda notablemente menoscabada. Y ello ha suscitado en tales círculos una violenta polémica en torno de la cuestión (4).

Por nuestra parte, opinamos que tal polémica no debe centrarse exclusivamente en torno del «plan Schlieffen»; pues éste no cons-

(2) Edición española de la Biblioteca del Oficial, Buenos Aires, 1928.

(3) Llamado así para distinguirlo de su ilustre tío, el vencedor de Sadowa y de Sedán.

(4) Véase a tal respecto el artículo titulado *Le plan Schlieffen*, publicado por el coronel Lederrey en la «Revue Militaire Suisse», núm. 7, 103^e année, juillet 1953, pp. 323-333.

tituye, en definitiva, más que una de tantas soluciones que se propusieron al difícil problema estratégico que Alemania tenía planteado por entonces: «la guerra en dos frentes».

Sólo después de haber examinado las causas que obligaron al Imperio alemán a enfrentarse con tal problema y de comparar la solución propuesta por Schlieffen con las ideadas por sus antecesores y sucesores en la jefatura del Gran Estado Mayor germano, podrá enjuiciarse el asunto con la debida ecuanimidad.

Tal es el método a que nos ajustaremos en este artículo, donde pretendemos ofrecer al lector una opinión fundamentada sobre la cuestión de referencia.

ANTECEDENTES POLÍTICOS

Situada en el centro de Europa y sin grandes obstáculos naturales en que apoyar su defensa, Alemania se ha visto constantemente amenazada por sus vecinos orientales y occidentales, que a menudo se pusieron de acuerdo para atacarla de modo simultáneo. La decadencia del antiguo Imperio germánico y la discordia entre los diversos Estados particulares en que llegó a fragmentarse impidieron durante varios siglos oponer una resistencia coordinada y eficaz a tales agresiones. Y, de este modo, el territorio alemán vino a convertirse en campo de batalla donde solían dirimir sus querellas las grandes potencias europeas.

La formación en 1871 de un nuevo Imperio alemán bajo la dirección de Prusia, después de la victoriosa guerra sostenida por dicha nación y sus aliados alemanes contra Francia, puso fin al estado de impotencia en que la desunión había sumido por largo tiempo al pueblo germano, pero no eliminó los peligros que para él se derivaban de la desfavorable situación geopolítica de su territorio.

Por otra parte, la reunificación de Alemania había sido recibida con recelo, cuando no con hostilidad, por las demás grandes potencias de la época. Ante todo, por Francia, que aspiraba a tomarse el desquite de su reciente derrota. No menos descontenta se sentía Austria, al verse desplazada de su secular preeminencia entre los pueblos germánicos. El Imperio ruso, aliado constante de Prusia desde la época de las guerras napoleónicas, le había guardado las espaldas durante la pasada guerra; pero, en correspondencia, exigía de ella un decidido apoyo a sus reivindicaciones en la península balcánica. Y la

Gran Bretaña, fiel a su tradicional política de equilibrio europeo, se mostraba inquieta ante el súbito encumbramiento alemán.

El canciller Bismarck, forjador del nuevo imperio germánico, se esforzó en disipar las amenazas que para el porvenir del mismo representaban tales suspicacias y enemistades, evitando que las citadas potencias llegaran a coaligarse contra Alemania. A tal fin procuró, ante todo, restablecer las buenas relaciones con Austria-Hungría, y concertó, más adelante, con esta nación y Rusia, el llamado *Acuerdo de los Tres Emperadores* (22 de octubre de 1873), que tendía principalmente al mantenimiento del «statu quo» en la Europa central y occidental y a la solución amistosa de la cuestión balcánica.

Pero este segundo objetivo no pudo lograrse a satisfacción de las tres partes. En abril de 1877, Rusia entró en guerra con Turquía, y, después de muy variadas vicisitudes, alcanzó al fin una completa victoria sobre el imperio otomano, que se vió obligado a suscribir el *Tratado de paz de San Stefano* (3 de marzo de 1878), en virtud del cual los rusos obtenían, a través de sus Estados protegidos (Rumania, Bulgaria, Servia y Montenegro), la hegemonía efectiva en la península balcánica. Pero Austria, que no había recibido las compensaciones que le fueron prometidas por Rusia en Bosnia y Herzegovina, se puso de acuerdo con Inglaterra para exigir la revisión de aquel tratado; reuniéndose a tal efecto en Berlín (del 13 de junio al 13 de julio de 1878) un Congreso en el que participaron todas las potencias interesadas en las cuestiones del Oriente Próximo.

En este *Congreso de Berlín*, las dotes diplomáticas de Bismarck se vieron sometidas a muy dura prueba, pues no podía defender a rajatabla los intereses de Rusia, sin indisponerse gravemente con Inglaterra y Austria. Y, de este modo, aunque logró hacer prevalecer las exigencias rusas en algunas de las cuestiones esenciales, no pudo evitar que el imperio moscovita se viera obligado a renunciar, en definitiva, a gran parte de los frutos de su reciente victoria.

En virtud de todo ello, las relaciones de Rusia con Alemania y Austria se enfriaron notablemente, y el Acuerdo de los Tres Emperadores pudo considerarse desde entonces caducado. No obstante, en septiembre de 1879, el zar Alejandro II y el emperador Guillermo I celebraron una cordial entrevista en Alexandrowo (cerca de Thorn), que tendía a restablecer la tradicional amistad ruso-germana. Pero ya Bismarck había iniciado negociaciones con Austria para establecer con esta nación una alianza defensiva contra una posible agresión rusa. Tales negociaciones condujeron al *Tratado de Viena* de 7 de

octubre de 1879, en virtud del cual, el imperio austriaco y el alemán se comprometían a prestarse mutua ayuda en el caso de que cualquiera de ellos fuese atacado por Rusia, o en el de que esta nación se inmiscuyese en la guerra agresiva de una cuarta potencia contra alguno de los dos imperios; esto es, de Francia contra Alemania, o de Italia contra Austria. La conclusión de este tratado disgustó profundamente a Guillermo I, que lo consideraba una perfidia contra Rusia y no estimaba en demasía la ayuda austríaca. Por lo cual, se resistió a ratificarlo, y únicamente lo hizo coaccionado por Bismarck, que le amenazó con dimitir (5).

Sin embargo, en el ánimo del «Canciller de Hierro», la alianza con Austria no constituía una amenaza contra Rusia, sino que tendía, más bien, a decidir a esta nación a salir de su aislamiento diplomático, renovando el Acuerdo de los Tres Emperadores. Y, en efecto, el imperio moscovita, viéndose amenazado por entonces de un conflicto con Inglaterra por la cuestión del Afganistán, inició en 1880 negociaciones para la renovación de tal acuerdo, las cuales se hallaban muy adelantadas cuando el zar Alejandro II fué asesinado por los nihilistas. Se temía que su sucesor Alejandro III, simpatizante con el partido eslavófilo, se resistiese a reanudar los lazos con Alemania y Austria. Pero no fué así, y las negociaciones quedaron felizmente ultimadas con la firma de 18 de junio de 1881 de un nuevo «Acuerdo de los Tres Emperadores», más restringido que el anterior; pues las tres potencias se limitaban a prometerse una neutralidad benévola, en el caso de que cualquiera de ellas se viera empeñada en guerra con una cuarta potencia; obligándose, además, a no permitir, sino de mutua conformidad, modificaciones territoriales en la península balcánica. A tal respecto, se mostraron conformes de antemano en la posibilidad de una anexión de Bosnia por parte de Austria, y en la reunión de Bulgaria y la Rumelia oriental.

Este acuerdo, concertado inicialmente por tres años, fué renovado por otros tres en 27 de marzo de 1884; quedando subrayada la armonía entre tan poderosos imperios con la cordial entrevista que sus respectivos soberanos celebraron en Skierniewice (cerca de Varsovia), en septiembre del mismo año. Mediante este sistema de alianzas o acuerdos, al que en 1883 se había adherido también Rumania, el

(5) FRIEDRICH LUCKWALDT: *El sistema de los Estados europeos de 1850 a 1890*. (Historia Universal dirigida por W. Goetz, edición española, Espasa-Calpe, tomo VIII, Madrid, 1934, pp. 403-404).

imperio alemán pudo considerarse entonces relativamente tranquilo respecto a sus vecinos del Este.

Con no menor empeño se esforzó Bismarck en asegurar a su patria de las amenazas procedentes del Oeste; es decir, de Francia e Inglaterra.

En cuanto a la primera de dichas potencias, resultaba imposible de momento toda reconciliación, y sólo cabía estorbar o aplacar sus afanes de desquite. A tal fin, el «Canciller de Hierro» desarrolló una política que tendía a debilitar a Francia, fomentando sus discordias internas; a intimidarla con el constante perfeccionamiento de las fuerzas armadas alemanas, o a desviar sus energías nacionales por otros derroteros, alentando e incluso estimulando su expansión colonial. Especialmente, en este último terreno, la política de Bismarck obtuvo un éxito por partida doble; pues, de una parte, las conquistas de Túnez y del Tonkín, emprendidas por iniciativa de Jules Ferry, distrajeran por algún tiempo la atención de la opinión francesa de los problemas europeos, y, de otra, dió lugar a que Italia, desairada en sus pretensiones a la regencia tunecina, se enemistara con Francia, y se aproximase a Alemania y Austria, con las que concertó en 20 de mayo de 1882 el acuerdo denominado *Triple Alianza*, que tenía por finalidades principales el mantenimiento de la paz europea, el afianzamiento del principio monárquico y la defensa del orden social y político. En el citado acuerdo, las tres potencias se comprometían a prestarse mutuo auxilio en el caso de que cualquiera de ellas fuera atacada por otra u otras grandes potencias. De ese modo, en el caso de un ataque francés, no provocado, Italia sería apoyada por Alemania, y la misma obligación correspondía a los italianos, si los alemanes o los austriacos fueran atacados. Bismarck no se hacía grandes ilusiones sobre la efectividad y eficacia de la ayuda italiana, y se contentaba tan sólo con que esta nación no hostilizase por la espalda a los austriacos en el caso de una guerra de éstos contra Rusia. La Triple Alianza fué concertada inicialmente por cinco años; renovándose, por primera vez, en 1887, y siendo prorrogada sucesivamente hasta 1914.

Por lo que respecta a Inglaterra, la política bismarckiana aspiraba a granjearse la amistad de tan poderosa nación o a disipar, al menos, los celos que manifestaba ante el engrandecimiento de Alemania. Con tal objeto, procuró Bismarck no perjudicar en ningún caso los intereses del imperio británico; favoreciéndolos incluso, siempre que le fue posible. No hay que olvidar, en efecto, que tales

intereses se hallaban por entonces en pugna, al parecer irreductible, con los de Rusia, en los Balcanes y el Asia Central, y con los de Francia, en Egipto y el Sudán. Explotando así tales antagonismos, no le fué difícil al astuto canciller alemán evitar por algún tiempo que aquellas tres potencias llegaran a entenderse en perjuicio de su patria.

Pero, a partir de 1885, el artificioso tinglado diplomático establecido por Bismarck para salvaguardar la paz europea, empezó a descomponerse. Efectivamente, en septiembre de dicho año y anticipándose, al parecer, a lo previsto por los tres emperadores en su acuerdo de 1881, se realizó la unión de Bulgaria y la Rumelia oriental. Servia, alentada por Austria, atacó por la espalda a los búlgaros y sufrió una contundente derrota en Slivnitsa (17 de noviembre de 1885). Esta intervención austríaca en las querellas balcánicas motivó la protesta de Rusia, que no satisfecha tampoco por la actuación del príncipe Alejandro de Battenberg como soberano de Bulgaria, provocó su destronamiento mediante una conjura militar. Pero en 1887 los búlgaros eligieron como nuevo monarca al Príncipe Fernando de Coburgo-Kohary, que militaba entonces en el ejército austro-húngaro, con lo cual el gobierno de esta nación se aseguraba un importante valedor dentro del nuevo Estado, considerado por los rusos, desde su creación, como incluido en su esfera de influencia.

Estos disturbios en la península balcánica, que acentuaban el antagonismo allí existente entre los intereses de Rusia y Austria, coincidieron con un recrudecimiento del ansia francesa de desquite contra Alemania, de la que se hicieron principales portavoces el General Boulanger y el poeta y político nacionalista Déroulède. Este último, visitó por entonces Rusia, donde fué muy bien acogido por los elementos paneslavistas, preparando así el terreno para una inteligencia francorrusa. Bismarck logró, sin embargo, desbaratar temporalmente tales maniobras, concertando con el zar Alejandro III —que se negaba a prorrogar nuevamente el «Acuerdo de los Tres Emperadores»—, un tratado de «aseguramiento mutuo» rusogermano (18 de junio de 1877), por el cual cada una de ambas potencias se comprometía a mantenerse neutral en cualquier conflicto armado en el que la otra interviniera; exceptuándose los casos de un ataque ruso contra Austria o de un ataque alemán contra Francia. Mediante este pacto, que hoy llamaríamos de «no agresión», Alemania se liberaba por lo pronto del peligro de una «guerra en dos frentes». En todo

caso, Bismarck no se hacía demasiadas ilusiones sobre la eficacia de tan precario convenio, al que consideraba como una simple plataforma giratoria que le permitiría inclinarse hacia Rusia o hacia Austria, según las circunstancias.

* * *

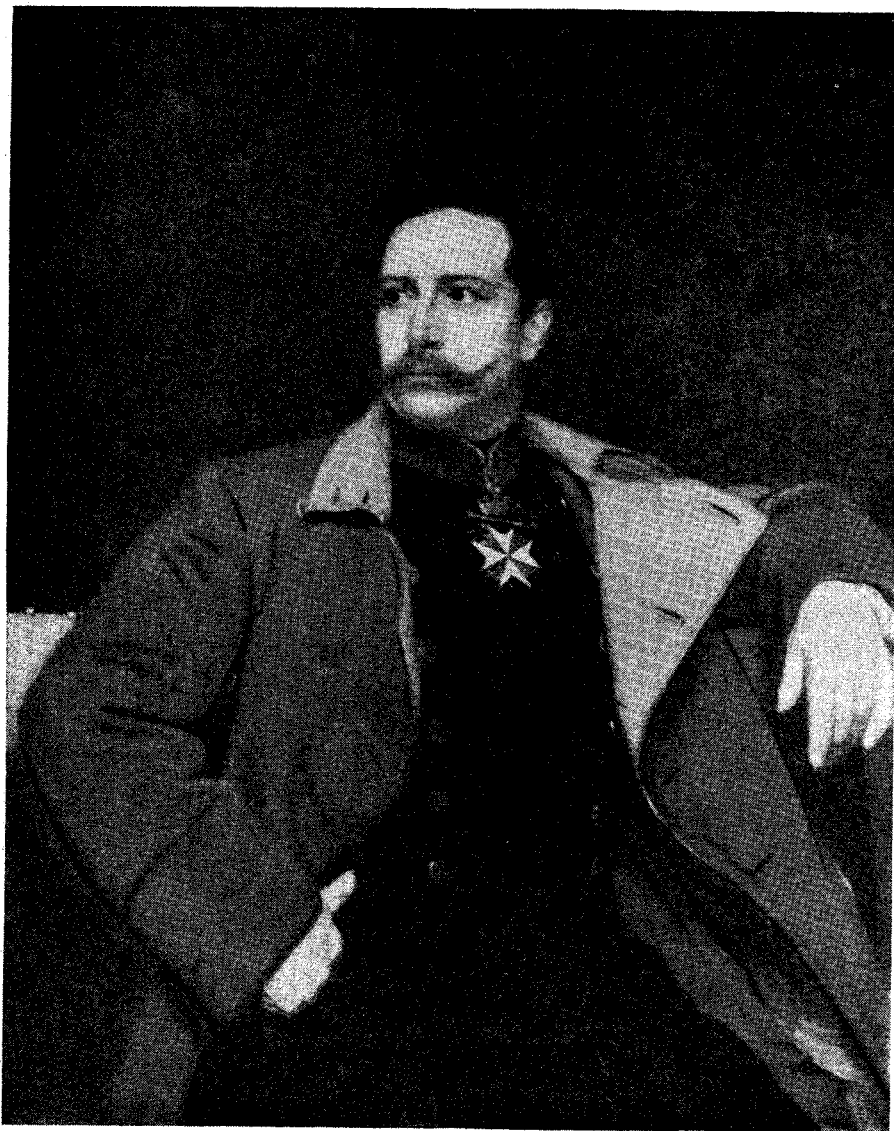
En 1888, la política de equilibrio y contrapesos practicada por Bismarck, se vió seriamente comprometida por el fallecimiento sucesivo del emperador Guillermo I (9 de marzo) y de su hijo Federico III (15 de junio) y la ascensión al trono imperial alemán del nieto de aquél, Guillermo II (nacido en 1859), que se hallaba dotado de una inteligencia brillante, pero superficial, y de un carácter inquieto que le impulsaba a entremeterse más de la cuenta en la dirección de los negocios públicos. El gran respeto que le infundía la personalidad de Bismarck le movió, sin embargo, a confirmarle en el cargo de Canciller. Mas no tardaron en surgir graves discrepancias entre el joven soberano y su anciano ministro.

En 1889, Bismarck se mostraba dispuesto a reanudar la antigua alianza rusoprusiana, sacrificando en caso necesario los intereses austriacos. En cambio, Guillermo II se inclinaba más bien a una política antirrusa, aunque no se oponía a prorrogar por un nuevo plazo el tratado de aseguramiento con el imperio moscovita. Pero la ruptura definitiva entre el Kaiser y el Canciller sobrevino a comienzos de 1890, en torno a la cuestión social. Creía posible el joven monarca detener el creciente auge del socialismo en Alemania, mediante oportunas concesiones a los trabajadores, a las que se oponía Bismarck por considerarlas como muestra de debilidad. Con tal motivo, se produjeron entre ambos violentas discusiones, que terminaron con la renuncia del «Canciller de Hierro» a su elevado puesto (18 de marzo de 1890).

Guillermo II nombró nuevo Canciller al general von Caprivi. Pero como ni éste ni el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, barón de Marschall, se hallaban muy al tanto de la política internacional, ésta pasó a ser regida en Alemania durante más de quince años por el consejero privado de dicho ministerio barón von Holstein, hombre solitario y misántropo, que gustaba de influir en los negocios públicos sin asumir la responsabilidad de los mismos. Había actuado durante mucho tiempo como colaborador de Bismarck, pero discrepaba en secreto de sus métodos políticos, y se sirvió de su



El Príncipe Otto de Bismarck. (Fotografía obtenida el año 1890, que figura en la *Historia Universal*, dirigida por Walter Goetz, tomo VIII; Espasa-Calpe; Madrid, 1934).



El Emperador Guillermo II. (Cuadro de Max Koner, que figura en la Galería Nacional de Berlín).

influencia clandestina para rectificar en lo posible la obra de su antiguo jefe. A su juicio, la oposición de intereses entre Inglaterra y Rusia, en la península balcánica y en el Asia Central, y entre Inglaterra y Francia, en Egipto y el Sudán, resultaba tan irreductible, que no cabía imaginar que tales potencias llegaran a unirse algún día contra Alemania. Por lo tanto, esta nación debía conservar su libertad de movimientos, sin comprometerse definitivamente con ninguna de dichas potencias, y aprovecharse de sus discordias para obtener una participación más adecuada en el reparto colonial del mundo.

Hasta 1884, Alemania no había poseído colonia alguna. Pero, a partir de dicho año, Bismarck se vió obligado a respaldar la iniciativa privada de ciertas empresas mercantiles alemanas que habían establecido factorías en determinadas regiones de Africa y Oceanía, no sometidas todavía al dominio de ninguna otra potencia; aunque procuró entenderse para ello con Inglaterra y no lesionar los intereses vitales de esta nación y de Francia en aquellas partes del mundo. Pero el Kaiser y sus colaboradores sucesivos no se mostraron tan prudentes, y al impulsar a su pueblo por el camino de la expansión colonial y el aumento de poderío marítimo, no atendieron suficientemente a los graves peligros que sobre él se cernían en el continente europeo.

Así sucedió cuando, en junio de 1890, pretendió Rusia renovar por seis años su tratado de «aseguramiento mutuo» con Alemania. Holstein se opuso a ello, alegando que la seguridad que en dicho pacto se ofrecía a Alemania era demasiado precaria y no compensaba las amplias obligaciones que se otorgaban en contrapartida. De acuerdo con tal dictamen, no fué renovado el pacto en cuestión, y Rusia quedó así libre para entenderse con Francia, que le había facilitado ya su ayuda financiera. El primer síntoma de la aproximación francorrusa tuvo lugar en julio de 1891, con el cordial recibimiento dispensado en Kronstadt a una escuadra francesa. En el mes de agosto siguiente, ambos países intercambiaron notas en que se expresaban su mutuo deseo de llegar a un acuerdo para prevenir la eventualidad de un ataque contra cualquiera de ellos. Y el 17 de agosto de 1892 quedó ultimada una *convención militar francorrusa*, en virtud de la cual las dos potencias se comprometían a emplear sus fuerzas contra Alemania, en el caso de que alguna de ellas fuese atacada por potencias de la Triple Alianza. Tan pronto como una de éstas movilizase sus tropas, Francia y Rusia movilizarían tam-

bién la totalidad de las suyas sobre ambas fronteras de Alemania, y «las empeñarían a fondo y con toda diligencia, de manera que dicha nación tuviera que luchar a la vez en el Este y el Oeste» (6).

Esta convención, que se mantuvo secreta durante algún tiempo, fué confirmada de un modo explícito mediante un nuevo cambio de notas efectuado el 4 de enero de 1894. A partir de entonces, la amenaza de una «guerra en dos frentes», que había pesado como simple posibilidad sobre el porvenir de Alemania, se convertía en una realidad tangible, con la que los políticos y estrategas alemanes tenían que contar necesariamente en sus planes.

Sin embargo, el peligro que se cernía sobre el imperio alemán no resultaba demasiado grave, mientras se pudiese contar con la amistad o, al menos, con la neutralidad de Inglaterra. Y, precisamente por la época en que se concertó la alianza francorrusa, las relaciones anglogermanas eran bastante cordiales. En julio de 1890 habían firmado ambas potencias un acuerdo amistoso para el reparto del África oriental, obteniendo Alemania la isla de Heligoland, a cambio del reconocimiento del protectorado inglés sobre Zanzíbar y Uganda. Pero, en 1894, la política alemana comenzó a discordar de la inglesa en las cuestiones del Congo y del Transvaal. En dicho año, el príncipe de Hohenlohe sustituyó a von Caprivi en el cargo de canciller, y Alemania intentó de nuevo aproximarse a Rusia, aspirando incluso a una «alianza continental», que sólo podía estar dirigida contra Inglaterra. El recelo de esta potencia contra el imperio alemán se incrementó con motivo del imprudente telegrama que el Kaiser dirigió en 1896 al presidente Krüger, del Transvaal, felicitándole por haber rechazado el golpe de mano que el Dr. Jameson, al frente de bandas armadas procedentes de la Colonia del Cabo, realizó por entonces contra dicho país. Y a enturbiar aún más la armonía hasta entonces existente entre Inglaterra y Alemania contribuyó la iniciación en 1898, por parte de esta última nación, de un ambicioso programa de construcciones navales, que tendía manifiestamente a disputar a aquélla el dominio del mar.

Sin embargo, por esta época, algunos miembros influyentes del gobierno británico se mostraban todavía partidarios de una alianza con Alemania. Entre ellos, se contaba el entonces Ministro de Colo-

(6) Artículos 1.º y 3.º de dicha Convención (*Documents Diplomatiques Français*, serie I, vol. IX, núms. 444 y 460 anexos, según cita de Ritter en su obra y edición mencionadas, pág. 77, nota 8).

nias Joe Chamberlain, principal representante de la política imperialista de su patria, quien ante la eventualidad de un conflicto, que por entonces parecía inminente con Francia y Rusia, por las cuestiones del Sudán y del Asia central, consideraba necesario procurarse el apoyo alemán. A tal fin, Chamberlain inició en 1898 conversaciones con el nuevo Ministro de Asuntos Exteriores alemán Conde Bernardo von Bülow. Pero éste, asesorado por Holstein, dió largas al asunto, por entender que cuanto más hiciera esperar a Inglaterra para concertar el acuerdo que parecía desear con tanto afán, mayores ventajas podría obtener Alemania en contrapartida.

Tal punto de vista no carecía en absoluto de base, pues la expansión inglesa tropezaba entonces con grandes dificultades y contratiempos. En el Sudán, las fuerzas británicas se hallaban enfrentadas en dura pugna con los *derviches* (7), mientras la expedición francesa del Comandante Marchand ocupaba la estratégica posición de *Fachoda* en el Alto Nilo, y, en Africa del Sur, estallaba poco después la guerra con los boers (1899-1901), en la que los ingleses sufrieron graves descalabros y con ocasión de la cual la opinión de casi todos los países se les mostró contraria.

Aquellas dificultades resultaron, sin embargo, pasajeras, y el pueblo británico logró superarlas con su habitual tenacidad. Los derviches fueron definitivamente aplastados en septiembre de 1898. Francia no se atrevió a afrontar un conflicto armado con Inglaterra, y se retiró de *Fachoda* en noviembre del mismo año, renunciando en 1899, por un convenio especial, a sus pretensiones sobre el Alto Nilo. Y los boers sucumbieron al fin bajo el peso de la fuerza, siendo incorporados más adelante a la Unión Sudafricana.

Por otra parte, el 22 de enero de 1901, murió la reina Victoria de Inglaterra, sucediéndole en el trono su hijo Eduardo VII, tío carnal del Kaiser, pero enemistado con él por incompatibilidad de caracteres y por su manifiesta simpatía por Francia, en la que había residido largas temporadas, mientras fué Príncipe de Gales.

De este modo, las perspectivas de un acuerdo ventajoso con Inglaterra habían disminuído sensiblemente para Alemania, desmintiendo las previsiones del ya Canciller von Bülow y de su consejero Holstein. No obstante, las negociaciones a tal respecto fueron proseguidas por iniciativa del Secretario inglés del *Foreign Office* Lord

(7) Tribus musulmanas fanatizadas por el supuesto *Mahdi* o Mesías Mohamed Ahmed, que en 1884 se hicieron dueñas del Sudán egipcio.

Lansdowne. Pero ya no se trataba de una alianza, sino de un simple acuerdo para el mantenimiento del *statu quo* en el Mediterráneo, el Adriático, el Egeo, el mar Negro y el golfo Pérsico; sólo cuando amenazase alguna perturbación en alguno de dichos lugares, Alemania e Inglaterra se entenderían cordialmente sobre las medidas que convendría adoptar. Bülow y Holstein rechazaron tal propuesta, que no consideraban satisfactoria, y las negociaciones para un acuerdo anglogermano quedaron definitivamente rotas.

Los dirigentes alemanes no dieron por entonces demasiada importancia a la ruptura, porque seguían creyendo que Inglaterra no podría nunca entenderse con Francia y Rusia. Pero tal creencia se vió pronto desmentida por la conclusión en 8 de abril de 1904 de un tratado de *Entente Cordiale* anglofrancés, en virtud del cual ambas potencias regulaban de un modo amistoso y definitivo sus discrepancias en diversas partes del mundo y establecían las bases de una estrecha colaboración en los asuntos internacionales. Conforme a lo acordado, Egipto quedaba sometido a la influencia inglesa, y Marruecos, a la francesa, dejando a salvo los derechos que a España pudieran corresponderle en el segundo de dichos países, a causa de su posición geográfica.

El tratado en cuestión, sin constituir todavía una alianza militar, podía considerarse como un paso decisivo en el camino de la misma. Alemania se sintió así amenazada de cerco, y trató de contrarrestar tal maniobra. A cuyo fin propuso Holstein que el Kaiser, aprovechando la excursión que tenía proyectada por el Mediterráneo, desembarcase en Tánger e hiciese constar ante un representante del Sultán de Marruecos su decisión de defender los intereses alemanes en dicho país, respetando plenamente la soberanía e independencia del mismo. El Kaiser se mostró reacio a tal propuesta, por considerar que los intereses alemanes en Marruecos no eran tan importantes que mereciera la pena de exponerse a un conflicto armado con Francia. Pero Bülow y Holstein le convencieron de que los franceses no se hallaban entonces en condiciones de afrontar una guerra, por encontrarse su aliada Rusia empeñada en una desastrosa lucha con el Japón (1904-1905) y que la demostración alemana sólo tendía a convencerles de la necesidad de una amistad más estrecha entre las dos naciones. En resumidas cuentas, lo que se pretendía era debilitar los lazos recién establecidos entre Francia e Inglaterra y crear bases favorables a un futuro entendimiento entre la primera nación y Alemania.

Este plan un tanto tortuoso consiguió al principio cierto éxito. El Kaiser desembarcó en Tánger el 31 de marzo de 1905, y su declaración causó un gran efecto en los medios internacionales. El gobierno francés se apresuró a ofrecer al alemán compensaciones a cambio de que consintiera su intervención en Marruecos. Pero el último las rechazó, alegando que sólo le guiaba el respeto a los convenios internacionales, y que cualquier modificación del *statu quo* del imperio marroquí, garantizado por el acuerdo de Madrid de 1880, requería el previo asentimiento de todas las potencias firmantes del mismo. Francia hubo de acceder, por tanto, a que se reuniera una conferencia internacional para tratar del asunto, y el Ministro de Negocios Extranjeros Delcassé, principal responsable de la *Entente* con Inglaterra, se vió obligado a dimitir.

La conferencia en cuestión se celebró en Algeciras, del 16 de enero al 31 de marzo de 1906, y en ella esperaba Alemania que las potencias interesadas en los asuntos de Marruecos se opusiesen a la posición de privilegio que allí pretendía Francia. Pero, en realidad, el imperio germano no encontró en aquella reunión internacional más apoyo que el de su aliado austríaco, ya que hasta Italia se puso de parte de Francia, a cambio de la promesa que esta nación le había hecho de favorecer sus pretensiones en Tripolitania.

La *Conferencia de Algeciras* constituyó así, en definitiva, una derrota diplomática de Alemania, pues Francia logró que, en unión de España, se le confiara la organización e instrucción de la Policía en los principales puertos marroquíes, y una influencia preponderante en la gestión de las finanzas de esta nación.

Por otra parte, lejos de debilitarse, la *Entente Cordiale* franco-inglesa quedó reforzada con motivo de la tensión internacional provocada imprudentemente por Alemania, y tendió a convertirse de un modo tácito en estrecha alianza militar; verificándose desde entonces contactos periódicos entre los Estados Mayores de ambas potencias para estudiar las medidas que convenía adoptar en el caso de una agresión germana contra cualquiera de ellas.

Tan rotundo fracaso motivó la destitución del barón von Holstein de sus funciones de asesor de la Cancillería en asuntos internacionales. Pero las personas que le sustituyeron en tales funciones no acertaron tampoco a contrarrestar el cerco diplomático que se iba estrechando cada vez más en torno de Alemania.

Efectivamente, Inglaterra y Rusia —enemistadas tradicionalmente desde la época de la guerra de Crimea— concertaron el 31 de agosto

de 1907 un acuerdo, arreglando definitivamente sus diferencias en el Asia Central y prometiendo cooperar en lo sucesivo al mantenimiento de la paz. Este acuerdo fué subrayado un año después por la cordial entrevista del Zar y Eduardo VII en Reval; quedando así constituida, frente a la Triple Alianza, una coalición rival que se denominó *Triple Entente*.

Ambos grupos de potencias no tardaron en enfrentarse con motivo de la grave crisis provocada en la península balcánica por la revolución de los *Jóvenes Turcos* (24 de julio de 1908). El triunfo de este partido, que se proponía restaurar en Europa el prestigio y la autoridad del imperio otomano, puso de nuevo sobre el tapete las cuestiones de Bulgaria y de Bosnia-Herzegovina, regiones ambas que seguían perteneciendo de derecho al citado imperio; la primera, como principado vasallo autónomo, y la segunda, bajo la ocupación y administración austríaca, a que se hallaba sometida desde 1878. Adelantándose, pues, a cualquier reclamación del nuevo gobierno turco, Bulgaria se apresuró a proclamarse reino independiente, y Austria se anexionó formalmente la Bosnia-Herzegovina, no sin haberse asegurado la previa autorización de Rusia y de ofrecer a Turquía compensaciones territoriales y una fuerte indemnización.

Pero si el gobierno turco se conformó con esta solución, no sucedió lo mismo con Servia, donde la dinastía austrófila de los Obrenovich había sido sustituida por la de los Karageorgevich, partidaria de Rusia. Bajo el influjo del ideario peneslavista, los irredentistas serbios aspiraban a liberar del yugo austriaco las regiones habitadas por sus hermanos de raza, y, en primer lugar, a los de Bosnia-Herzegovina. La anexión de estas provincias por el odiado imperio austro-húngaro suscitó, pues, la protesta airada del gobierno serbio, que comenzó a realizar contra dicho imperio grandes preparativos bélicos. Rusia, a pesar de haber consentido la citada anexión, alentaba secretamente la actitud serbia y prometía secundarla, en el caso de que los austríacos respondieran adecuadamente a tales provocaciones. Sin embargo, el imperio moscovita no se consideraba aún suficientemente preparado para una guerra, después de los quebrantos sufridos por sus fuerzas armadas en su reciente lucha con el Japón. Y así, cuando Alemania expresó su decisión de cumplir, si era preciso, sus compromisos de alianza con Austria, Rusia recomendó a los serbios que desistieran de su actitud y reconocieran por una declaración formal (31 de marzo de 1909) los hechos consumados.

Este primer choque entre las dos coaliciones rivales terminó, pues,

con un éxito indiscutible de la Triple Alianza y produjo una aparente distensión en las relaciones de ambos grupos de potencias. En este ambiente de euforia, Francia y Alemania concertaron el acuerdo de 9 de febrero de 1909, relativo a Marruecos, por el cual los alemanes reconocían a los franceses una posición de privilegio en dicho país, a cambio de respetar la integridad del mismo y el régimen de puerta abierta al comercio de todas las naciones, establecido por el acta de Algeciras.

Poco después dimitía el ya Príncipe de Bülow su cargo de Canciller, en el que fué sustituido por Bethmann-Hollweg, quien encargó de la cartera de Asuntos Exteriores a Kiderlen-Wächter, diplomático de la escuela de Holstein, cuyas dotes no tardaron en ponerse a prueba con motivo de la nueva crisis que surgió en Marruecos el año 1911.

Con el pretexto de sofocar una rebelión de las cabilas próximas a Fez, que ponía en peligro la seguridad de los europeos allí residentes, la capital marroquí fué ocupada en mayo del citado año por el ejército francés, quedando así amenazada la integridad e independencia del imperio mogrebino, que Francia se había comprometido a respetar en el acta de Algeciras y en el reciente convenio franco-alemán. El Kaiser se hubiera contentado, sin embargo, con una simple protesta. Pero Kiderlen-Wächter consideró que la ocasión era oportuna para que Alemania obtuviera alguna compensación. Y así fué enviado al puerto de Agadir el cañonero «Panther», para defender, según se dijo, los intereses alemanes que allí existían.

Como resultado de todo ello, se entablaron negociaciones entre Francia y Alemania, que condujeron al tratado de 4 de noviembre de 1911, por el que la primera nación cedía a la segunda un extenso territorio en el Africa ecuatorial, a cambio de que se le reconociera el derecho a establecer su protectorado sobre Marruecos. Pero las ventajas territoriales conseguidas por el imperio germano no lograron compensar el nuevo agravio inferido a la conciencia nacional francesa y la enemistad creciente de Inglaterra, que se sentía cada vez más amenazada por la competencia industrial y naval de aquel imperio.

Y por si todo esto fuera poco, la crisis marroquí de 1911 desencadenó una serie de nuevos conflictos que contribuyeron a aumentar la tensión internacional y crearon así el ambiente de general desasosiego que condujo al estallido de la primera gran conflagración de nuestro siglo.

Sobrevino primero la *guerra italo-turca* (septiembre de 1911 a oc-

tubre de 1912), motivada por el deseo de Italia de ocupar Tripolitania, sometida aún a la soberanía del imperio otomano. Esta iniciativa italiana fué recibida con disgusto por sus aliados alemanes y austriacos, que mantenían amistosas relaciones con el susodicho imperio, y puso de manifiesto la falta de cohesión de que se resentía la Triple Alianza.

Por otra parte, la debilidad de que Turquía dió muestras en su lucha con Italia, estimuló las ambiciones de los países balcánicos, que se pusieron de acuerdo para atacar conjuntamente a sus antiguos dominadores; iniciándose así, a primeros de octubre de 1912, la *primera guerra balcánica*, en la que Bulgaria, Servia, Grecia y Montenegro derrotaron por completo a los ejércitos turcos, y expulsaron prácticamente a esta nación del territorio europeo.

No tardaron, sin embargo, los vencedores en disputar por el reparto del botín; lo que dió lugar a una *segunda guerra balcánica* (junio-agosto de 1913), en la que Bulgaria fué despojada por Servia, Grecia, Montenegro, Rumanía y Turquía, de la mayor parte de sus ganancias de la guerra anterior.

Durante estas luchas, las aspiraciones de Servia, respaldada por Rusia, a procurarse una salida al Adriático, tropezaron con la decidida oposición de Austria e Italia, que en este asunto obraron de mutuo acuerdo y consiguieron al fin que aquellas aspiraciones se vieran contrariadas mediante la creación de un principado de Albania, regido por un príncipe alemán.

Con motivo de tales conflictos, la paz europea se vió algunas veces seriamente amenazada, y únicamente se salvó merced a la influencia moderadora ejercida entonces conjuntamente por los gobiernos de Inglaterra y Alemania. Hubo, en efecto, por esta época, serios intentos de aproximación entre ambas potencias. En febrero de 1912, Lord Haldane, ministro de la Guerra británico, se entrevistó en Berlín con Bethmann-Hollwegg, para gestionar una reducción o aplazamiento del rearme naval germano, a cambio de ciertas garantías. Las autoridades alemanas se avenían, en principio, al aplazamiento por un año de su programa de nuevas construcciones, con tal que la Gran Bretaña se comprometiese a permanecer neutral, en el caso de que el imperio germano se viese empujado a una guerra. Pero el gobierno británico se limitaba a declarar que no atacaría a Alemania sin previa provocación. Y, de este modo, no pudo llegarse a un acuerdo sobre el particular.

Mientras tanto, los irredentistas servios, alentados por sus re-

cientes éxitos contra Turquía y Bulgaria y resentidos con Austria-Hungría por la oposición de esta potencia a sus reivindicaciones en el Adriático, iniciaron una serie de atentados contra las autoridades austriacas de Bosnia-Herzegovina, que culminaron, el 29 de junio de 1914, con el asesinato en Sarajevo del Archiduque heredero Francisco Fernando, chispazo que hizo saltar al fin el polvorín mundial.

LOS PLANES DE GUERRA ALEMANES

De cuanto acabamos de exponer, se desprende que el peligro de una «guerra en dos frentes» no fué siempre para Alemania tan inminente y tan grave como en los últimos años que precedieron al estallido de la primera conflagración mundial.

Hasta 1891, en que se advirtieron los primeros síntomas inequívocos de la aproximación francorrusa, se trataba de una simple amenaza potencial, contra la cual resultaba prudente precaverse, ante todo, con medidas diplomáticas, y, por si éstas no bastaran, con medidas militares. A partir de entonces, y, especialmente, desde que la alianza entre las dos grandes potencias del Este y del Oeste se hubo consumado, la amenaza rusa comenzó a pesar de un modo efectivo sobre las fronteras orientales de Alemania, y en los planes de guerra de esta nación no podía menos de tenerse en cuenta. Sin embargo, a pesar del compromiso contraído por los rusos con sus aliados occidentales de «empeñar sus fuerzas a fondo y con toda diligencia para obligar a los alemanes a combatir a la vez en dos frentes», diversas circunstancias que en parte han sido ya apuntadas y que se puntualizarán más adelante (la lentitud de la movilización rusa, los acontecimientos del Extremo Oriente, la derrota en Manchuria y la subsiguiente revolución), permitieron descartar por algún tiempo la probabilidad de una ofensiva inmediata de aquella potencia contra Alemania, que de este modo podría concentrar inicialmente la gran masa de sus tropas contra Francia y obtener sobre ella un éxito decisivo, antes de que el ejército moscovita llegara a intervenir eficazmente. Pero, después de 1906, la situación político-estratégica se fué haciendo cada vez más desfavorable para Alemania. La capacidad militar del imperio zarista se iba reponiendo poco a poco del grave quebranto sufrido en su lucha con el Japón, y la ampliación y mejora de su red ferroviaria (subvencionadas por Francia), le permitía movilizar y concentrar sus fuerzas con mayor rapidez. El ejér-

cito francés se perfeccionaba también de día en día, tendiendo a equipararse al alemán, en cantidad y calidad; sin contar con que, en caso de guerra, sería reforzado muy probablemente por un cuerpo expedicionario británico. Y, frente a tan poderosos enemigos, Alemania se hallaba cada vez más aislada, sin poder confiar en otro apoyo seguro que el de Austria-Hungría, cuyas fuerzas armadas carecían de cohesión, a causa de la diversidad de sus elementos componentes.

Al enjuiciar y comparar los sucesivos planes de guerra propuestos por el Estado Mayor General germano para afrontar el peligro de una «guerra en dos frentes», no debemos perder de vista las tres distintas situaciones a que acabamos de aludir, que coinciden aproximadamente con los periodos de mando de Moltke «el viejo» y Waldersee (1871-1891), Schlieffen (1891-1906) y Moltke «el joven» (1906-1914).

A) *Los planes de guerra de Moltke «el viejo»*.—El feldmariscal Conde Helmuth von Moltke (n. en 1800 y m. en 1891) desempeñó el cargo de jefe del Estado Mayor General prusiano de 1858 a 1888, en que su avanzadísima edad le impidió seguir prestando servicio activo. Durante ese tiempo le correspondió la misión de preparar, en la paz, el empleo de las fuerzas terrestres de su nación, y de ejercer, en la guerra, la dirección efectiva de las operaciones, que nominalmente correspondía al rey de Prusia y después emperador de Alemania. En tal sentido debe ser considerado Moltke como el más eficaz colaborador de Bismarck en la tarea de unificar Alemania y elevarla a la posición de hegemonía de que disfrutó en Europa hasta 1914, pues al viejo feldmariscal se debe principalmente el éxito de las sucesivas campañas contra Dinamarca (1864), Austria (1866) y Francia (1870-1871), que fué necesario desarrollar para la realización de aquella tarea. Sin embargo, y a despecho de la rotunda victoria alcanzada sobre los franceses en la última guerra citada, Moltke, al igual que Bismarck, se daba cuenta del peligro que para el nuevo imperio germano representaba su situación geográfica en el centro de Europa, rodeada por otras grandes potencias, que se mostraban hostiles o recelosas ante el súbito encumbramiento alemán. Por eso, en su memoria de abril de 1871 expresaba el temor de que aquel imperio tuviera que afrontar alguna vez la dura prueba de una *guerra simultánea* contra Francia y contra Rusia, estimando, por tanto, necesario precaverse contra tal eventualidad. Si ésta llegaba a producirse, suponía el gran caudillo que



Helmuth Carlos Bernardo, Conde de Moltke. (Fotografía hecha en 1871, que figura en el libro *Historia Universal*, publicada por el Instituto Gallach, tomo V; Barcelona, 1934).



El Mariscal Conde Schlieffen. (Foto del libro *El testamento del Conde Schlieffen*, de Guillermo Groener; Biblioteca del Oficial; Buenos Aires, 1928)



El General Moltke, «el joven». (Fotografía que figura en la obra *Historia Universal*, dirigida por Walter Goetz, tomo X; Espasa-Calpe; Madrid, 1936).

minantemente tal propuesta y solventó a su modo la cuestión, mediante el tratado de «aseguramiento mutuo» de que ya hemos hablado.

Durante su período de mando (1888-1891), Waldersee no introdujo modificaciones sustanciales en los planes de su antecesor, si bien se inclinaba a tomar una actitud más agresiva en ambos frentes y seguían propugnando una guerra preventiva contra Rusia, contribuyendo con sus consejos a que el tratado de «aseguramiento» no fuera renovado en 1890.

B) *Los planes de guerra de Schlieffen.*—El conde Alfredo von Schlieffen (n. en 1833 y m. en 1913) pertenecía a una ilustre familia de Pomerania, y sus padres le destinaban a la carrera judicial, a cuyo fin inició en 1853 los estudios de Derecho en la Universidad de Berlín. Pero, más adelante, se decidió por la carrera militar, ingresando como aspirante-oficial en el 2.º Regimiento de Ulanos de la Guardia, del que fué nombrado subteniente una año más tarde. De 1858 a 1861 cursó los estudios de la Escuela de Guerra. Y como oficial de Estado Mayor, tomó parte en las campañas de 1866 contra los austríacos, y de 1870-1871 contra los franceses. Especialmente en esta última campaña, su comportamiento fué muy distinguido, pues como miembro de la Sección de Operaciones del E. M. del XIII Cuerpo de Ejército, contribuyó de modo muy eficaz a las victorias de Loigny, Orleans, Beaugency y Le Mans, lo que le valió el ascenso a Mayor (Comandante) y la Cruz de Hierro de primera clase. Terminada la guerra desempeñó diferentes destinos de Estado Mayor, hasta que en 1877 fué nombrado coronel del primer Regimiento de Ulanos de la Guardia. El año 1886 ascendió a General de Brigada, y en 1888, a General de División, pasando destinado al Estado Mayor General, primeramente como jefe de Sección, y, después, como segundo jefe; hasta que en febrero de 1891, sustituyó a Waldersee al frente de tan elevado organismo (10).

A lo largo de su brillante carrera, el Conde de Schlieffen había dado ya pruebas más que suficientes de su gran capacidad intelectual, de su extensa cultura, de su elevado espíritu militar y sus ex-

(10) Sintetizamos aquí, de un modo muy sumario, los datos biográficos de Schlieffen, que el general von Freytag-Loringhoven, expone al comienzo de la selección de escritos de aquél, que con el título genérico de «Cannas», fué publicada en Berlín poco después de su muerte. (Traducción española de la Biblioteca del Oficial, Buenos Aires, 1930, pp. VIII a XXXVII).

cepcionales dotes de mando. La muerte prematura de su esposa, de la que se hallaba muy enamorado, le hizo ciertamente retraído y taciturno, acentuando tal vez en él una tendencia innata a la austeridad. Trabajador infatigable, exigía mucho de sí mismo y de sus subordinados; pero su excesivo celo por el servicio, no le impedía preocuparse, «más de lo que la tradición requería», por el bienestar de la tropa (11). No es de extrañar así la admiración y veneración que hacia su figura manifiestan con rara unanimidad, cuantos con él colaboraron o lo trataron de cerca (Freytag-Loringhoven, Groener, Kühl, Bessler, etc.).

Para comprender los motivos que obligaron a Schlieffen a desviarse radicalmente de los planes de guerra de sus antecesores, conviene puntualizar los grandes cambios que se habían producido o estaban a punto de producirse en la situación internacional de Alemania, en el momento en que aquél se hizo cargo de la jefatura del Estado Mayor Central del ejército de su país.

En primer lugar, resultaba fácilmente previsible que, al no renovarse el tratado de «aseguramiento» con Rusia, esta nación trataría de aliarse con Francia, como al fin sucedió en agosto de 1892. En virtud de la convención militar firmada entonces por los Estados Mayores ruso y francés, ambas potencias no sólo quedaban obligadas a actuar simultáneamente contra Alemania, si el *casus belli* se presentaba, sino también a no concertar con ella la paz por separado. Con lo cual, la amenaza de una lucha «en dos frentes» vino a pesar de una manera efectiva y particularmente incómoda sobre los planes del Alto Mando germano. Ya no bastaría, en efecto, con obtener una victoria parcial sobre cualquiera de ambos adversarios, para disuadirle de continuar la guerra, sino que era preciso asestarle un golpe decisivo que pusiera fuera de combate sus fuerzas armadas (12), permitiendo así luchar desembarazadamente contra el otro. En todo

(11) Así lo reconoce el propio Ritter, que en la obra que estamos comentando (ed. cit., pp. 98-99), preténde mostrarnos al conde de Schlieffen como el prototipo del militar prusiano, severo y ordenancista, muy impuesto en las obligaciones de su cargo, pero escasamente dotado de virtudes humanas.

(12) Este es el sentido en que, tanto Clausewitz, como los tratadistas militares alemanes posteriores suelen hablar de «aniquilamiento»; refiriéndose, no a la destrucción absoluta del ejército enemigo, sino a la anulación o debilitación extremada de su capacidad combativa.

caso, Alemania debía evitar ser arrastrada a una guerra de «agotamiento», en que a la larga tenía forzosamente que sucumbir (13).

Ahora bien, aquel golpe decisivo no podía ya intentarse contra Rusia, porque esta nación había fortificado extraordinariamente las líneas del Narew y del Niemen para poner a sus tropas de la región de Varsovia al abrigo de un ataque por sorpresa, a la vez que la mejora de sus líneas ferroviarias le permitía acelerar sus operaciones de movilización y concentración. Sin embargo, tal mejora no resultaba todavía suficiente para montar una rápida y potente ofensiva contra Alemania, como se había previsto en el tratado de alianza francorruso; habida cuenta, sobre todo, de la necesidad en que el ejército zarista se encontraba de hacer frente también a las fuerzas austro-húngaras y rumanas, desplegadas en Galitzia y a largo del Prut, hasta la desembocadura del Danubio.

Por todo ello, el Conde de Schlieffen decidió en 1892 trasladar el centro de gravedad de las futuras operaciones hacia el Oeste, donde el peligro para Alemania resultaba mucho mayor y más inminente, pues el ejército francés disponía de efectivos equivalentes al alemán y movilizables en corto plazo, y donde podía lograrse más fácilmente una decisión rápida, por hallarse los centros vitales del enemigo al alcance inmediato de las fuerzas propias.

Para conseguir tal decisión, Schlieffen pensó primeramente en dejar que el enemigo tomara la ofensiva, para poderle contraatacar después en campo abierto. Pero temió que los franceses no se decidieran a atacar, hasta que los rusos se hallasen también en disposición de hacerlo, y, en tal caso, los alemanes perderían la oportunidad de batir a sus adversarios separadamente. Había, pues, que atacar a los franceses desde el primer momento. Y, como un asalto en masa contra sus fortificaciones fronterizas no ofrecía la menor perspectiva de un éxito rápido, Schlieffen llegó muy pronto a la conclusión de que se imponía el desbordamiento de tan formidable barrera, violando para ello, si era preciso, la neutralidad de Luxemburgo y Bélgica; atropello ante el cual no debía retroceder, en caso de guerra, una Alemania obligada a defender su derecho a la existencia. Por entonces, no era de temer que Inglaterra se opusiese al tránsito de tropas alemanas por aquellos territorios; pues, con motivo de la

(13) Como lo ha demostrado sobradamente la experiencia de las dos guerras mundiales que hasta ahora ha presenciado nuestro siglo.

agitación «boulangerista», la prensa oficiosa británica se había manifestado propicia a permitir dicho tránsito, a condición de que el gobierno germano se comprometiese a mantener la independencia e integridad de ambos países (14). Además, no se creía que Francia respetase tampoco la neutralidad de los mismos, en el caso de que las circunstancias le permitiesen tomar la iniciativa de las operaciones (15).

La decisión de avanzar a través de Luxemburgo y Bélgica se manifiesta por primera vez en el proyecto de concentración para 1898-1899, si bien la invasión de dichos territorios quedaba limitada a la zona situada al sur de la línea Mosa-Sambre. Pero la necesidad de desbordar también las diversas posiciones a que los franceses podrían retirarse sucesivamente, obligó a Schlieffen a ir ampliando cada vez más el radio de su maniobra envolvente, hasta llegar a incluir toda Bélgica, el Limburgo holandés y el norte de Francia. Y, de igual modo, se vió forzado a prever el empleo en el frente occidental de casi todas las fuerzas alemanas disponibles, con excepción de las que resultaran absolutamente indispensables para guardar las principales fortalezas de la frontera del Este.

Tan radical solución se hallaba, sin embargo, justificada por el aspecto que ofrecía por entonces al panorama internacional. En efecto, desde la guerra chino-japonesa (1894-1895), Rusia se sentía cada vez más interesada en los asuntos del Extremo Oriente. Había obtenido de China el arriendo de la península de Liao Tung, ocupaba Manchuria y se inmiscuía en la política de Corea; todo lo cual suscitaba los recelos y la hostilidad del Japón. En previsión de un conflicto con esta potencia, los rusos se vieron, pues, obligados a concentrar fuerzas importantes en aquellas lejanas regiones, y, a despecho de sus compromisos con Francia, no podía contarse durante algunos años con su intervención oportuna y eficaz en una guerra europea.

La situación se hizo aún más satisfactoria para Alemania cuando en abril de 1904 llegó a estallar, por fin, la guerra ruso-japonesa;

(14) Véase *La Guerra Mundial de 1914 a 1918*, por el Archivo del Reich. (Edición española de la Biblioteca del Oficial, Buenos Aires, 1927, tomo. I, pág. 31).

(15) Efectivamente, en el plan XVII francés, que sirvió de base a la concentración de 1914, se hallaba prevista por lo menos la violación de la neutralidad del Gran Ducado de Luxemburgo, para desbordar por el Norte la región fortificada Metz-Thionville.

la cual tomó muy pronto un cariz netamente desfavorable para el imperio zarista, obligándole a empeñar efectivos cada vez más considerables en el Extremo Oriente. Si a esto se añade la revolución que a principios de 1905 se enseñoreó de dicho imperio, al conocerse los desastres de Manchuria, y que se prolongó durante todo el año y parte del siguiente, se comprende que el Conde de Schlieffen pudiera descartar en sus planes de entonces una intervención inmediata de Rusia en un conflicto armado entre Alemania y Francia.

Pero, al mismo tiempo, las relaciones de la última potencia citada con Inglaterra se iban estrechando de día en día, hasta culminar en el tratado de la *Entente Cordiale* de 8 de abril de 1904 y en las reuniones conjuntas que los Estados Mayores francés y británico empezaron a celebrar periódicamente a partir de la crisis marroquí de 1905.

De modo que, por esta época, la principal amenaza bélica para Alemania se condensaba en el Oeste, mientras que el peligro procedente del Este, sin haberse disipado por completo, podía considerarse de momento desdéniable.

No es de extrañar, pues, que la memoria que el Conde de Schlieffen redactó en diciembre de 1905, con destino a su sucesor Moltke «el joven» y que contiene el desarrollo completo y definitivo de sus planes de campaña, vaya encabezada únicamente con el título *Guerra contra Francia*.

Como ya dijimos al principio de este artículo, dicha memoria ha sido, por primera vez, publicada íntegramente y acompañada de los distintos borradores que sirvieron para redactarla, por el historiador Gerhard Ritter, de cuya obra nos estamos ocupando. Pero esto no quiere decir que tal memoria no fuera ya conocida en sus detalles por los historiadores y comentaristas alemanes de la primera postguerra. En la obra del Archivo del Reich (*La Guerra Mundial de 1914 a 1918*, tomo I, Primera parte, capítulo I), aparece una versión bastante completa de la misma, omitiendo tan sólo aquellas particularidades (como las referentes a la violación de la neutralidad holandesa), que podían resultar indiscretas, aunque ya eran del dominio público, después de la publicación en 1922 de las memorias de Moltke «el joven». De modo que, sin regatear méritos a la paciente labor de reconstitución y cotejo de textos efectuada por Ritter, la obra de éste no modifica esencialmente nuestro conocimiento del plan Schlieffen, y su única originalidad reside en la manera de enjuiciarlo, «no como un oficial instruido en los métodos del Estado

Mayor, sino como historiador político, dedicado desde hace tiempo al estudio de esta clase de problemas» (16).

De acuerdo con el plan que nos hemos trazado en este artículo, nos limitaremos por ahora a exponer las líneas generales del plan Schlieffen, dejando para el final decidir hasta qué punto pueden justificarse las críticas de Ritter.

En su memoria de 31 de diciembre de 1905, el Conde de Schlieffen consideraba a Francia como una gran fortaleza, cuya frontera del Este podía reputarse inexpugnable, mientras que la del Norte, se hallaba casi indefensa, resultando, por tanto, el camino más indicado para penetrar en ella. A tal fin, la citada memoria preveía el empleo de todo el ejército de campaña alemán en el Oeste; contando, desde luego, con más unidades de las entonces disponibles, porque el plan de Schlieffen contenía también un programa de robustecimiento y perfeccionamiento de las fuerzas armadas del Imperio.

La masa principal de la concentración alemana se hallaría constituida por 23 Cuerpos de Ejército activos, 12 y medio Cuerpos de reserva y 8 divisiones de Caballería, desplegados desde Crefeld a Metz, con la misión de avanzar a través de Bélgica y Luxemburgo contra la línea Dunkerque-Verdún. Al sur de esta masa principal quedarían, en Lorena, para cubrir el flanco izquierdo tres y medio Cuerpos de Ejército activo, y uno y medio Cuerpos de reserva y tres divisiones de Caballería; en el Alto Rin, tres y media Brigadas de *Landwehr* (Guardia nacional o primera reserva), y en la Baja Alsacia, una Brigada de la misma clase. El punto de apoyo para la protección del flanco izquierdo de la masa de maniobra estaría constituido por la región Metz-Thionville, ampliada con obras de campaña y guarnecida con fuertes contingentes de *Landwehr*, bien provistos de artillería pesada.

La masa destinada al esfuerzo principal se hallaba subdividida en tres agrupaciones (véase croquis núm. 3): la septentrional, compuesta de nueve Cuerpos de Ejército activos y cinco Divisiones de Caballería, forzaría el paso del Mosa al norte de Lieja y progresaría rápidamente en dirección de Bruselas y Namur; la central, integrada por seis Cuerpos de Ejército y una División de Caballería, avan-

(16) Ob. y ed. cit., Introducción, pp. 12-13. El autor declara que se trata tan sólo de un estudio preliminar al segundo volumen de una serie de publicaciones que ha iniciado sobre el tema *Política y Arte de la Guerra. El problema del «militarismo» alemán*, subtítulo que resulta bien significativo.

zaría sobre el sector Namur-Mézières, y la meridional, constituida por ocho Cuerpos de Ejército y dos Divisiones de Caballería, atacaría el sector Mézières-Verdún. La primera agrupación debía procurar atravesar el pasillo Amberes-Namur antes de que tuviera lugar un choque serio con el adversario, a fin de poder desplegar sin impedimento al otro lado del mismo; mientras que las otras dos marcharían con mayor lentitud y más concentradas para estar siempre en disposición de hacer frente a un contraataque enemigo.

A la Agrupación septentrional seguirían, como segundo escalón, siete Cuerpos de reserva, destinados en su mayor parte al asedio de Amberes y a la protección del flanco derecho. Se hallaba previsto, además, el refuerzo ulterior de esta ala con dos de los Cuerpos de ejército estacionados primeramente en Lorena, en cuanto su presencia allí dejara de resultar indispensable.

Una vez rota la resistencia francesa a lo largo de la frontera franco-belga, se procedería a atacar de flanco las posiciones sucesivas que el enemigo podría ocupar detrás del Mosa, del Aisne, en la meseta de Saint Gobain o a lo largo del Oise. Había que contar también con la posibilidad de que los franceses intentasen contrarrestar la maniobra envolvente alemana, trasladando gran número de fuerzas a su ala izquierda. Pero la precipitación con que tendrían que proceder no les permitiría seguramente emplear tales fuerzas con oportunidad y eficacia.

El ala derecha alemana se esforzaría en desbordar todas esas resistencias, extendiendo su radio de acción hasta el canal de la Manga, cruzando el Somme entre Amiens y Abbeville, y el Sena, aguas abajo de París, que sería cercada por el Oeste y Sur, con el fin de empujar al enemigo hacia sus fortificaciones del Mosela, el Jura y la frontera suiza, donde debía ser acorralado y «aniquilado», esto es, puesto en absoluto fuera de combate.

«Lo esencial para el desarrollo de toda la maniobra —insistía el Conde de Schlieffen— es formar una fuerte ala derecha, con cuya ayuda se ganarán las batallas, y por medio de una persecución sin tregua obligar al enemigo a ceder siempre de nuevo» (17).

Con el fin de que dicha ala no se debilitara en el curso de los sucesivos avances, Schlieffen tenía previsto su refuerzo progresivo con formaciones de *Ersatz reserve* (Reserva de complemento), de *Land-*

(17) Archivo del Reich, ob. y ed. cit., tomo I, pág. 88; cotejado con el texto reproducido por Ritter.

wehr y *Landsturm* (Milicia territorial o segunda reserva), encargadas de vigilar las líneas de etapas.

Mientras tanto, las débiles fuerzas del ala izquierda tenían por misión retener frente a ellas, en el sector de Lorena, el mayor número posible de tropas francesas, cediendo, en caso necesario, algún terreno; pues así se facilitaría el éxito de la maniobra desbordante. Y, en caso de que el enemigo no se decidiera a atacar dicho sector, dos de los Cuerpos allí desplegados al principio serían trasladados —como se ha dicho— al ala derecha, donde era de esperar la batalla decisiva.

Esta memoria del Conde Schlieffen fué entregada al General de Infantería von Moltke «el joven», que le sucedió en la Jefatura del Estado Mayor General germano, a principios de febrero de 1906, y fué completada pocos días más tarde, con unas aclaraciones sobre la conducta a seguir en el caso de un desembarco británico en el Continente. Schlieffen consideraba lo más probable que tal desembarco se produjera en Amberes, donde las fuerzas británicas debían ser encerradas, junto con las belgas, mediante la intervención de los Cuerpos de reserva que marchaban a retaguardia de la agrupación septentrional.

Además de este plan de despliegue núm. 1, previsto para el caso, más probable, de una guerra en un sólo frente contra Francia e Inglaterra, sin intervención inmediata de Rusia, Schlieffen preparó también un plan de despliegue núm. 2, para una guerra «en dos frentes», si —contra lo que era de esperar por entonces—, los rusos se decidían a entrar en acción, a pesar del estado de debilidad por que atravesaban. En este caso, se destinaban al frente oriental tres Cuerpos de ejército activo, cuatro Divisiones de reserva, siete Brigadas de Landwehr y dos Divisiones de Caballería, entresacados del frente occidental, de tal manera, que la proporción de fuerzas entre el ala derecha y el ala izquierda no se alterase sustancialmente.

Para hacer posible la realización de estos planes, el Conde de Schlieffen consideraba indispensable que las fuerzas alemanas se aumentaran cuanto antes en la forma que él proponía; pues resultaba absurdo que Alemania, rodeada de enemigos y con una población de 56 millones de habitantes, no pudiera movilizar para el ejército de campaña más que 971 Batallones; mientras que Francia, con sólo 39 millones de habitantes, era capaz de movilizar 995 unidades del mismo tipo.

El Conde de Schlieffen no dejó tampoco de tener en cuenta las repercusiones internacionales que podían derivarse de una violación de la neutralidad de Bélgica. Y, como el mismo Ritter reconoce, advirtió de ello al príncipe de Hohenlohe, en 1900, y al príncipe de Bülow, en 1904 ó 1905 (18), sin que ninguno de ellos se opusiera al desarrollo de sus planes. Por lo demás, durante su periodo de mando, el citado conde se abstuvo de inmiscuirse en los asuntos políticos, y no es cierto que durante la crisis marroquí de 1905 propusiera una guerra preventiva contra Francia, aun reconociendo que la situación político-estratégica de Alemania era por entonces excepcionalmente favorable (19).

C) *Los planes de guerra de Moltke «el joven»*.—Cuando el Conde de Schlieffen cesó en la jefatura del Estado Mayor General germano, se hallaba a punto de cumplir los setenta y dos años; pero todavía se hallaba en excelentes condiciones físicas e intelectuales, y podría haber seguido prestando servicio activo hasta una edad más avanzada, como se le permitió a Moltke «el viejo». Sin embargo, el Kaiser no lo consideraba ya apto para un puesto de tanta responsabilidad, y a ello contribuyeron sin duda las críticas que Moltke «el joven» —entonces segundo jefe del Estado Mayor General germano— formuló a principios de 1905, en una entrevista con Guillermo II, acerca de los métodos, que juzgaba rutinarios, de su superior jerárquico (20). De modo que el Conde Helmuth von Moltke (n. en 1848 y m. en 1916), sobrino y heredero del gran caudillo de 1870, distaba mucho de ser un admirador incondicional de Schlieffen. Y si aceptó, con ligeras observaciones, el plan de su predecesor, como norma de conducta durante sus primeros años de jefatura, fue seguramente porque lo juzgaba adecuado a las necesidades estratégicas de Alemania en aquella época. Sin embargo, como por entonces el poder militar de Rusia se hallaba todavía muy debilitado y el aumento de la marina alemana requería sumas considerables, Moltke «el joven» no se cuidó o no se decidió a gestionar en dichos años la creación de las nuevas unidades que la ejecución de aquel plan exigía (21).

(18) Ob. cit., pp. 92-93.

(19) Así lo demuestra Ritter, de un modo irrefutable, en la Primera parte, Capítulo II, Apartado 2, de su citada obra (pp. 96-128).

(20) Ritter, ob. cit., pp. 109-111.

(21) Archivo del Reich, ob. cit., tomo I, pág. 62.

Pero, a partir de 1907, la situación internacional de Alemania se fué agravando por momentos, con la conclusión del pacto anglo-ruso, la formalización de la *Triple Entente*, los nuevos conflictos en Marruecos, Tripolitania y los Balcanes, y la creciente recuperación de la potencia militar rusa. De acuerdo con tales cambios, Moltke «el joven» empezó en 1908 a introducir modificaciones sustanciales en el «plan Schlieffen», convirtiéndolo, en realidad, en otro muy distinto, del que, para bien o para mal, sería justo atribuirle la paternidad.

En primer lugar, había que contar de nuevo con el peligro cierto e inmediato de una guerra «en dos frentes»; lo que obligaba a destinar fuerzas importantes para la defensa de la Prusia Oriental, que se calculaban en unas 14 Divisiones. En segundo lugar, dentro del frente occidental, el ala izquierda —que Moltke «el joven» consideraba demasiado débil —fué reforzada progresivamente en perjuicio del ala derecha, encargada de realizar el esfuerzo principal.

De esta manera, la masa de maniobra quedó reducida a 17 Cuerpos de Ejército activo y 10 de reserva; disminuyéndose las fuerzas complementarias que se le asignaban. En cambio, al ala izquierda fueron destinados cinco Cuerpos de Ejército activos y dos y medio de reserva. Con lo cual —como puede apreciarse cotejando los diagramas 1 y 2 (intercalados en el texto)—, la proporción de fuerzas entre el ala derecha y el ala izquierda, que era en el «plan Schlieffen» de 7 : 1, se redujo en el «plan Moltke», aproximadamente, a 3 : 1.

Por otra parte, el papel encomendado por Moltke «el joven» al ala izquierda no era meramente defensivo, ya que, después de rechazar en Lorena cualquier intento ofensivo de los franceses, debía perseguirlos hasta sus posiciones del Meurthe y del Mosela, y procurar envolverlos también por su flanco derecho (véase croquis número 4). Y, así, el amplio movimiento desbordante del ala derecha alemana ideado por Schlieffen quedaba transformado en una maniobra de doble envolvimiento, cuyas probabilidades de éxito quedaban notablemente disminuídas al debilitarse la masa de maniobra que había de asestar el golpe decisivo.

Las soluciones de Schlieffen y Moltke diferían asimismo en dos importantes puntos: el relativo a la violación de la neutralidad holandesa, y el que hacía referencia al envolvimiento por el Oeste y Sur del campo atrincherado de París.

Por lo que respecta al primer punto, Moltke «el joven» deseaba evitar a todo trance aquella violación, y para ello decidió asegurarse el paso del Mosa mediante un golpe de mano contra Lieja, que realizarían al iniciarse la guerra seis Brigadas de Infantería especialmente preparadas y reforzadas.

En cuanto al segundo punto, en vista de la escasez de fuerzas disponibles, Moltke «el joven» se inclinaba a excluir a París del radio de la maniobra envolvente, limitándose a vigilar su campo atrincherado con un guardaflanco defensivo.

Hasta noviembre de 1911, con motivo de la crisis de Marruecos del mismo año, no se decidió Moltke «el joven» a solicitar de su gobierno el urgente incremento de las fuerzas militares alemanas; consiguiendo que en la primavera del año siguiente fueran creados dos nuevos Cuerpos de Ejército, lo que representaba un aumento de 38.000 hombres en los efectivos de tiempo de paz. Pero tal medida se reveló muy pronto insuficientemente ante el desarrollo que, mientras tanto, iban alcanzando los ejércitos ruso y francés. Particularmente, este último experimentó por entonces un considerable refuerzo, al aprobarse en febrero de 1913 la ley que ampliaba a tres años el tiempo de servicio activo en la vecina república. En consecuencia, Moltke «el joven» se vió obligado a pedir un nuevo aumento de los efectivos alemanes de paz, que no había de reflejarse, sin embargo, en los efectivos movilizables para tiempo de guerra hasta el cabo de algunos años.

De modo que, al estallar la primera guerra mundial en agosto de 1914, los planes de concentración alemanes tuvieron que ajustarse a los efectivos entonces disponibles, que eran muy inferiores, tanto en conjunto como dentro de cada frente, a los que sus adversarios podían oponerles.

Las condiciones y requisitos en que se basaba el «plan Schlieffen» se habían alterado, pues, sustancialmente, y es muy dudoso que, aun habiéndose ejecutado en la forma propuesta por su autor, hubiera alcanzado en 1914 el éxito rotundo que se pretendía. Pero, además, las importantes modificaciones introducidas en él por Moltke «el joven» (croquis núm. 4) le restaban indudablemente eficacia resolutive. Mal puede achacarse, por consiguiente, al viejo feldmariscal (22) la

(22) Schlieffen fué ascendido a este empleo supremo de la milicia alemana después de su retiro.

responsabilidad del fracaso de un plan que, como hemos expuesto, discrepaba del suyo en varias cuestiones fundamentales.

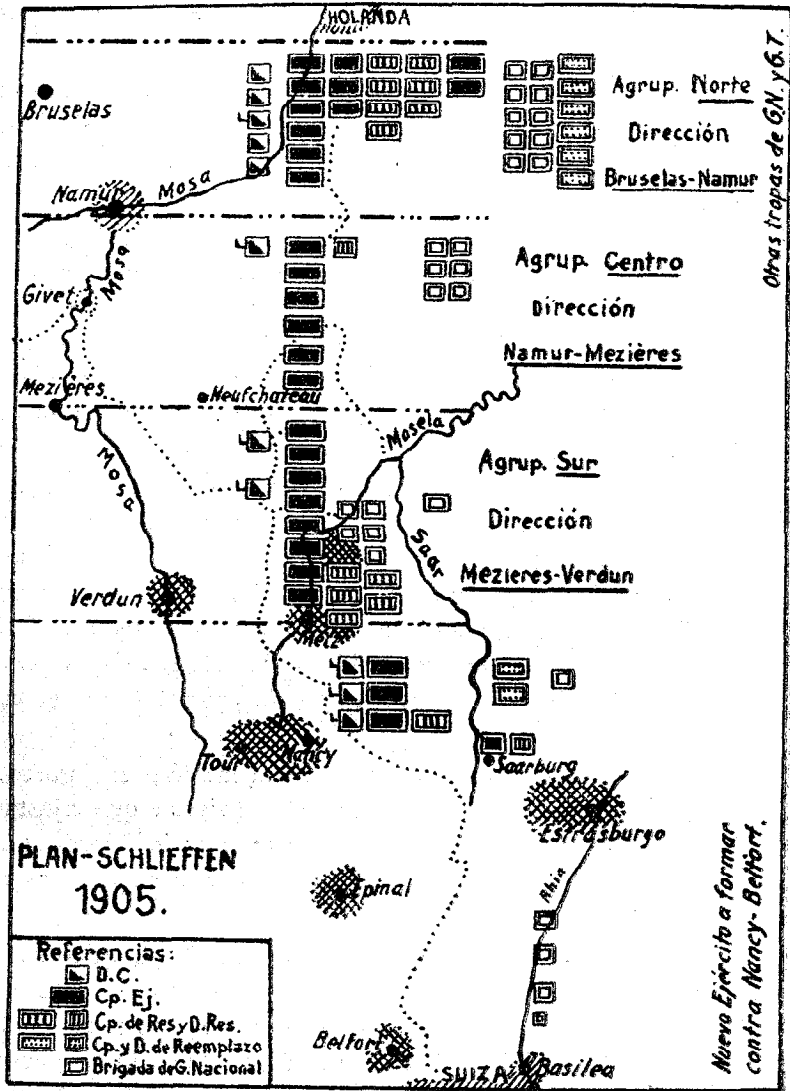


Diagrama núm. 1.

Es cierto que, ya retirado, Schlieffen continuó defendiendo, en los artículos que publicó en diversas revistas profesionales o de carácter general, las ideas expuestas en su memoria de 1905. Pero hay

que tener en cuenta que ya entonces escribía como simple particular, sin sentir sobre sus hombros el peso de la responsabilidad y, sobre

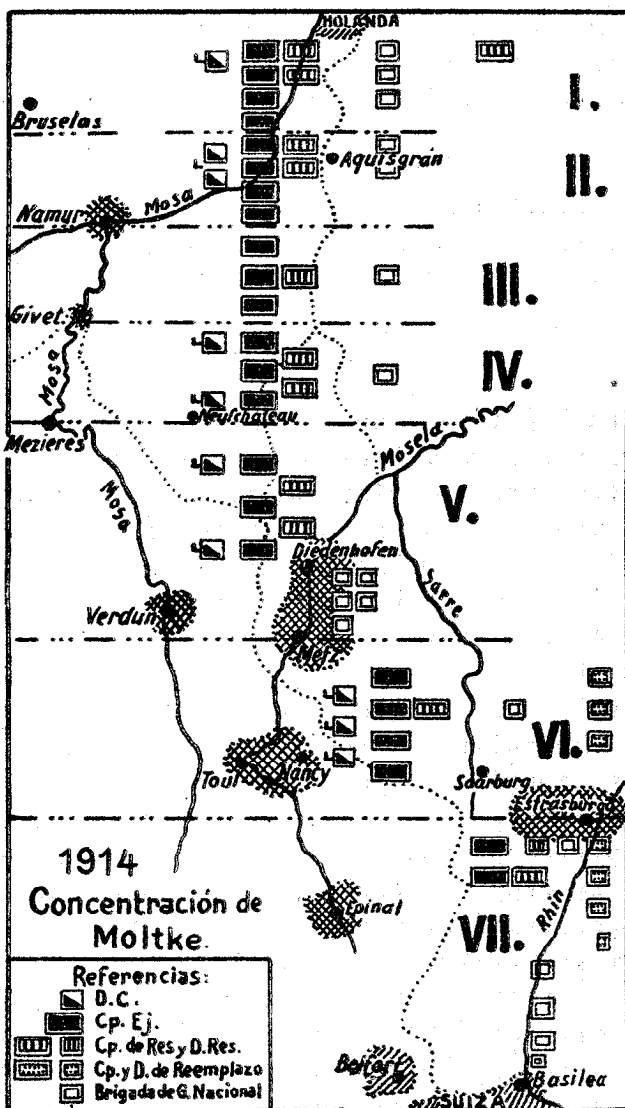


Diagrama núm. 2.

todo, sin los excelentes medios de información de que disponía cuando desempeñaba su alto cargo. Difícilmente habría podido apreciar por la simple lectura de la prensa la verdadera importancia de los

progresos que iba alcanzando la reorganización del ejército zarista, ni enterarse de lo acordado por los Estados Mayores ruso y francés en sus reuniones periódicas de los últimos años, de las que el propio Moltke «el joven» se hallaba muy poco al tanto. Por ello no es de extrañar que en la nueva memoria que terminó de redactar en 28 de diciembre de 1912 (una semana antes de morir) insistiese, una vez más, en emplear en el frente occidental todas las fuerzas alemanas disponibles. Pero tal memoria no fué tenida en cuenta por Moltke «el joven», a quien fué entregada, y no ejerció, por tanto, el menor influjo en los planes que el Estado Mayor General germano puso en práctica en 1914.

CONCLUSIONES

Si la obra de Ritter ofrece un gran interés desde el punto de vista informativo, por la exposición detallada y completa que nos ofrece del «plan Schlieffen», sus críticas del mismo —que, a pesar de lo prometido, no se circunscriben al aspecto político— nos resultan muy injustas e infundadas. Y más infundadas nos parecen aún las de su prologuista inglés B. H. Liddell Hart, cuya copiosa producción puede tan sólo excusar la ligereza de sus juicios.

El error de ambos críticos reside, a nuestro modo de ver, en no distinguir suficientemente las circunstancias internacionales que presidieron la elaboración del «plan Schlieffen» (23), de las que antecedieron, de un modo más o menos inmediato, al estallido de la primera guerra mundial.

Dicho plan no constituía, desde luego, una fórmula infalible de victoria, como algunos «schlieffenianos» demasiado entusiastas han llegado a proclamar. Pero sí puede estimarse como la solución más adecuada a la situación estratégica de Alemania durante el periodo de mando de su autor. Y ofrecía grandes probabilidades de una rotunda victoria contra Francia, antes de que el ejército zarista pudiera ejercer una amenaza efectiva en el frente oriental; siempre que se

(23) Quede bien entendido que con tal denominación nos referimos exclusivamente a la memoria de 31 de diciembre de 1905; en relación con la cual, los planes anteriores del mismo autor deben considerarse como simples esbozos, y los posteriores, como opiniones particulares, que no fueron tenidas en cuenta ni ejercieron el menor influjo en las operaciones de 1914. En cuanto al plan que entonces se puso realmente en práctica, ya hemos dicho que su paternidad debe atribuirse a Moltke «el joven».

cumplieran los principales requisitos exigidos por Schlieffen (robustecimiento del ejército alemán y refuerzo progresivo del ala derecha).

En cuanto al aspecto político de la cuestión, ya hemos visto que Schlieffen advirtió lealmente a los dirigentes de la política alemana durante la época de su mando, que su plan implicaba la violación de la neutralidad de Bélgica. Tales dirigentes debieron, por tanto, oponerse a dicho plan, si lo consideraban inconveniente desde el punto de vista político. Pero ni Hohenlohe ni Bülow opusieron ningún reparo serio a los proyectos de Schlieffen, y se hicieron así responsables de las consecuencias internacionales que de su ejecución pudieran derivarse. No se diga, pues, que Schlieffen hizo prevalecer las necesidades militares sobre las conveniencias políticas, ya que los propios gobernantes del Imperio no consideraron, al parecer, incompatibles las unas con las otras (24).

Después del retiro de Schlieffen, su plan siguió teniendo todavía grandes probabilidades de éxito durante el período 1906-1910, en que según el general Yuri Dánilof —segundo jefe del Estado Mayor General ruso al iniciarse la guerra—, su país se veía sumido en un estado de verdadera impotencia militar (25). Pero, en los años sucesivos, tales probabilidades fueron disminuyendo progresivamente, a medida que el ejército zarista se robustecía y las mejoras en la red ferroviaria rusa le permitían movilizarse y concentrarse con mayor rapidez. La creciente amenaza que se iba así condensando sobre la frontera oriental de Alemania, puede apreciarse consultando las actas de las conferencias celebradas por los Estados Mayores ruso y francés en Krasnoe Selo durante los años 1911, 1912 y 1913 (26). En tales conferencias fué ratificado el artículo 3.º de la Convención de 1892, según el cual «las fuerzas de ambos Estados contratantes entrarían en acción en forma integral y con toda rapidez», proponiéndose como objetivo primero y fundamental, en todas las circunstancias, el «ani-

(24) De la lectura de la obra de Ritter se desprende que Schlieffen, aunque generalmente respetado, no gozaba de grandes simpatías en las altas esferas del Imperio. De modo que difícilmente hubiera logrado imponer su criterio contra la voluntad resuelta de cualquiera de los dos cancilleres citados.

(25) Véase su obra: *Rusia en la guerra mundial 1914-1917*. (Edición española de la Biblioteca del Oficial, Buenos Aires, 1928, tomo I, pág. 61).

(26) Dichas actas se hallan reproducidas en el Anexo III del tomo 2.º de la obra del Archivo del Reich sobre la *Guerra Mundial de 1914 a 1918*. (Edición citada, pp. 253-265), y a ellas se refiere también Yuri Dánilof, en su obra anteriormente citada (ed. esp., tomo I, pp. 115-120).

quilamiento» de los ejércitos alemanes. Tanto los delegados franceses como los rusos se manifestaron de acuerdo en la presunción de que sus enemigos ejercerían su esfuerzo principal hacia el Oeste (probablemente, a través de Luxemburgo y Bélgica), dejando tan sólo una parte mínima de sus tropas en su frontera del Este. En virtud de lo cual, los delegados franceses insistieron repetidamente en que sus aliados iniciaran cuanto antes una ofensiva enérgica contra dicha frontera; logrando al fin que el Estado Mayor ruso se comprometiese a operar ofensivamente contra Alemania, con un mínimo de 800.000 hombres, a partir del 15° día de la movilización.

Aunque Moltke «el joven» desconociera el detalle de tales acuerdos, no podía menos de darse cuenta de la creciente importancia e inminencia del peligro que sobre Alemania se cernía en su frontera del Este. No obstante, siguió aferrándose —como ya hemos visto— a la idea esencial del «plan Schlieffen» de buscar primero una rápida decisión contra Francia, aunque introduciendo en él modificaciones sustanciales que le restaban eficacia. En tales condiciones y aunque el plan se hubiera ejecutado sin ningún tropiezo, es seguro que no se hubiese logrado la decisión buscada, antes de que la amenaza rusa obligara a trasladar hacia el Este una gran parte de las fuerzas alemanas empeñadas en el Oeste.

Pero, además, ya es sabido que en la ejecución del plan se cometieron importantes errores tácticos que contribuyeron a invalidarlo; pues durante la «Batalla de las Fronteras», los diferentes ejércitos enemigos fueron atacados de frente y no de flanco, como Schlieffen había preconizado; con lo cual tales ejércitos resultaron arrollados, pero no destruidos, ni siquiera parcialmente.

De todos modos, el Mando alemán consiguió sorprender al adversario por la amplitud de su maniobra, que se esperaba limitada a Luxemburgo y el sur de Bélgica, y el Mando francés no consiguió contrarrestarla hasta la batalla del Marne, favorecido por el nuevo error cometido por los alemanes al dejar de lado el campo atrincherado de París. Y aun dicha batalla estaba a punto de convertirse en un nuevo éxito táctico germano, cuando Moltke «el joven», desmoralizado por los informes pesimistas de su delegado el teniente coronel Hentsch, ordenó la retirada general de su tropas, victoriosas hasta entonces en la mayoría de los sectores de lucha.

Con ello fracasó definitivamente aquel plan destinado a obtener un rápido triunfo contra Francia; fracaso cuya responsabilidad co-

responde indiscutiblemente a Moltke «el joven», y que fué sancionado con su destitución. Pero lá batalla del Marne estuvo muy lejos de constituir para los alemanes la «catástrofe» de que habla Ritter; desde luego, no lo fué en el aspecto táctico, ya que la retirada se efectuó en un orden perfecto y constituyó una sorpresa para el enemigo, que tardó mucho en convencerse de que había resultado vencedor; ni tampoco, en el aspecto estratégico, pues todavía le quedaban a Alemania perspectivas de victoria, aunque ésta ya no pudiera esperarse ni rotunda ni rápida.

La solución que las circunstancias impusieron entonces al Mando germano para la continuación de la guerra fué precisamente la inversa de la preconizada antaño por Schlieffen: defensiva en el Oeste, apoyada en los recursos de la fortificación moderna de campaña, y ofensiva en el Este, encaminada, no al aniquilamiento completo de las fuerzas rusas, sino a la debilitación de su capacidad combativa, merced a una serie de derrotas parciales, pero contundentes. No cabe negar que por este procedimiento se lograron en 1915 grandes éxitos, y que de haberse insistido al año siguiente en tal línea de conducta, tal vez se hubiera conseguido precipitar en varios meses el derrumbamiento del imperio zarista, que se produjo en 1917. Con lo cual, los imperios centrales habrían estado en condiciones de realizar un esfuerzo definitivo contra sus enemigos del Oeste, antes de que las fuerzas norteamericanas pudieran intervenir.

Todo ello induce a pensar, si no hubiera sido mejor para Alemania atenerse a dicho plan desde el principio de la guerra; construyendo previamente en su frontera del Oeste (desde Basilea a Aquisgrán) un anticipo de la «Línea Sigfrido», que garantizara su defensa con un mínimo de fuerzas, mientras el grueso de las mismas, junto a la totalidad de las austro-húngaras, se empleaba a fondo contra Rusia. Pero tal solución, que nos parece hoy tan obvia, en vista de la experiencia de las dos guerras mundiales, no hubiera estado justificada en la época de Schlieffen, cuando la situación internacional ofrecía perspectivas tan favorables al desarrollo de sus planes ofensivos. Más extraño resulta que dicha solución no se le ocurriera a Moltke «el joven», sobre todo, en los últimos años que precedieron a la guerra, en que las probabilidades de un rápido triunfo alemán en el Oeste habían disminuído notablemente.

No debemos, sin embargo, ensañarnos con el desafortunado caudillo; porque ni él ni sus predecesores y sucesores tienen la culpa de que Alemania se viera arrastrada a una guerra contra una coalición

que le superaba extraordinariamente en recursos personales y materiales, de todas clases, y frente a la cual habían de resultar inútiles todos los alardes de la estrategia.

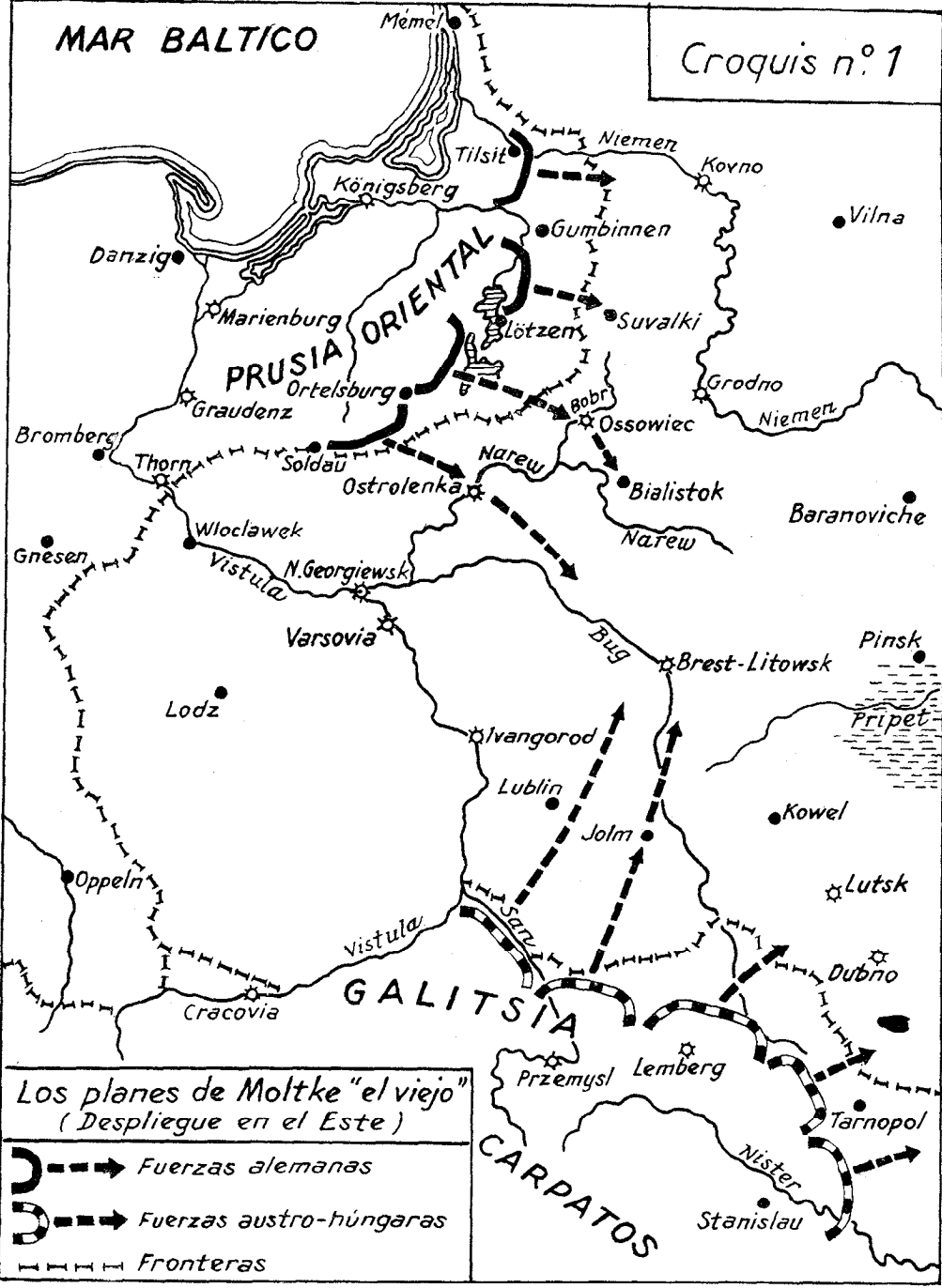
Los responsables de tal situación fueron, sin duda alguna, los gobernantes alemanes que sucedieron a Bismarck, que con su torpe diplomacia concitaron contra su patria tan poderosa coalición, planteando así a sus mandos militares un problema cuya solución requería mucho ingenio, decisión, audacia y, sobre todo, fortuna. Y, por desgracia para Alemania, la fortuna falló.

BIBLIOGRAFÍA




- FRIEDRICH LUCKWALDT: *El sistema de los Estados europeos de 1850 a 1890* (Historia Universal dirigida por Walter Goetz, edición española Espasa-Calpe, tomo VIII, Madrid, 1934, págs. 85-428).
- ERICH BRANDENBURG: *Los decenios anteriores a la guerra mundial* (en la misma historia y edición, tomo X, Madrid, 1936, págs. 157-422).
- SIR CHARLES PETRIE: *Historia de la Diplomacia 1713-1933* (edición española de Luis de Caralt, Barcelona, 1947).
- CONDE ALFREDO VON SCHLIEFFEN: *Cannas* (edición española de la Biblioteca del Oficial, Buenos Aires, 1930).
- GUILLERMO GROENER: *El testamento del Conde Schlieffen* (edición española de la Biblioteca del Oficial, Buenos Aires, 1928).
- ARCHIVO DEL REICH: *La guerra mundial de 1914 a 1918* (edición española de la Biblioteca del Oficial, Buenos Aires, 1927, tomos I y II).
- YURI DÁNILOF: *Rusia en la guerra mundial 1914-1917* (edición española de la Biblioteca del Oficial, Buenos Aires, 1928, tomo I).
- BARÓN DE FREITAG-LORINGHOVEN: *La conducción de ejércitos en la Guerra Mundial* (edición española de la Biblioteca del Oficial, Buenos Aires, 1924, tomos I y II).
- ERICH LUDENDORFF: *Conduite de la Guerre et Politique* (traducción francesa del Capitán L. Koeltz, Berger-Levrault, Editeurs, Paris, 1922).
- GERHARD RITTER: *The Schlieffen Plan* (Oswald Wolff Limited, London, W. I., 1958).

MAR BALTICO

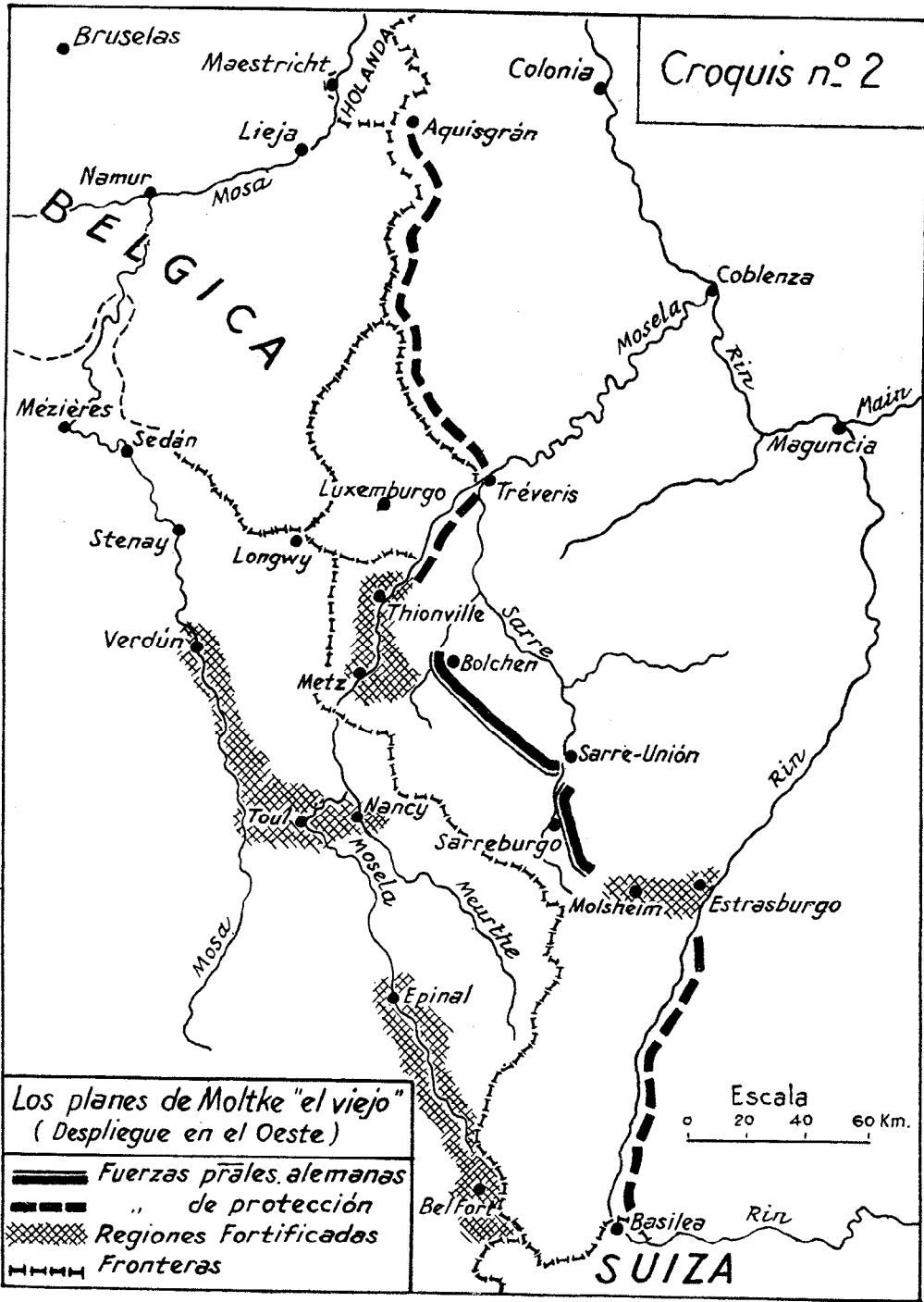
Croquis n.º 1







Los planes de Moltke "el viejo"
(Despliegue en el Este)

-  Fuerzas alemanas
-  Fuerzas austro-húngaras
-  Fronteras

Croquis n.º 2



Los planes de Moltke "el viejo"
(Despliegue en el Oeste)

-  Fuerzas pñales alemanas
-  " de protección
-  Regiones Fortificadas
-  Fronteras

Escala
0 20 40 60 Km.

SUIZA

